VIA CRUCIS

PRESENTACIÓN

«Si uno viese desde lejos su patria y estuviese separada por el mar, vería adónde ir, pero no tendría medios para llegar. Así es para nosotros… Anhelamos la meta, pero está de por medio el mar de este siglo… Ahora, sin embargo, para que tuviésemos también el medio para ir, ha venido de allá aquel a quien nosotros queremos llegar… y nos ha proporcionado el navío para atravesar el mar. Nadie puede atravesar el mar de este siglo, si no le lleva la Cruz de Cristo… No abandonar la Cruz, ella te llevará».

Estas palabras de san Agustín, tomadas del *Comentario al Evangelio de san Juan* (cf. 2, 2), nos introducen en la oración del *Via Crucis*.

En efecto, el *Via Crucis* quiere avivar en nosotros este gesto de *asirnos* al madero de la Cruz de Cristo a lo largo del mar de la existencia. El *Via Crucis* no es, pues, una simple práctica de devoción popular con un tinte sentimental; expresa la esencia de la experiencia cristiana: «El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga» (*Mc* 8, 34).

La Palabra de Dios que se proclama está tomada del Evangelio de san Juan, con excepción de las estaciones que no tienen un texto evangélico de referencia o lo tienen en otros evangelios. Con esta elección se ha querido evidenciar el mensaje de gloria de la Cruz de Jesús.

La oración dirigida al «Humilde Jesús» – expresión cercana al corazón de san Agustín (*Conf*. 7, 18, 24), pero que abandona el adjetivo *humilde* con la crucifixión- exaltación de Cristo – es la confesión que la Iglesia-Esposa hace al Esposo de Sangre.

Sigue una invocación al Espíritu Santo que guía nuestros pasos y derrama en nuestro corazón el amor divino (cf. *Rm* 5, 5): es la Iglesia apostólico, que llama al corazón de Dios.

Cada estación recoge una *huella* particular dejada por Jesús a lo largo del Camino de la Cruz, que el creyente está llamado a seguir. Así los pasos que determinan el recorrido del *Via Crucis* son: verdad, honestidad, humildad, oración, obediencia, libertad, paciencia, conversión, perseverancia, esencialidad, realeza, don de sí, maternidad, espera silenciosa.

INTRODUCCIÓN

*Cristo padeció por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas.*

Hermanos en Cristo:

Nos encontramos esta noche para meditar el camino hacia el Calvario, el camino que costo nuestra savalción para la vida eternal.

Fijemos nuestra mirada interior en Cristo, e invoquémoslo con corazón ardiente: «Di a mi alma: “Yo soy tu victoria”. Díselo de manera que lo oiga».

Su voz confortadora se entrelaza con el frágil hilo de nuestro «sí» y el Espíritu Santo, dedo de Dios, teje la sólida trama de la fe que conforta y guía.

Seguir, creer, orar: éstos son los pasos sencillos y seguros que sostienen nuestro camino a lo largo de la Vía de la Cruz y nos dejan entrever gradualmente el camino de la Verdad y de la Vida.

ORACIÓN INICIAL

*El Sacerdote:*

### En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

*R/.* Amén.

*El Sacedote:*

### Oremos.

*Breve pausa de silencio.*

### Señor Jesús, tú nos invitas a seguirte

**también en esta hora extrema, tu hora.**

**En ti está cada uno de nosotros**

**y nosotros, muchos, somos uno en ti. En tu hora está la hora de la prueba de nuestra vid en sus más descarnados y duros recodos; es la hora de la pasión de tu Iglesia**

**y de la humanidad entera.**

**Es la hora de las tinieblas:**

**cuando «vacilan los cimientos de la tierra»y el hombre, «parte de tu creación»,**

**gime y sufre con ella;**

**cuando las multiformes máscaras de la mentira se burlan de la verdad**

**y los halagos del éxito sofocan**

**la íntima llamada de la honestidad; cuando el vacío de sentido y de valores anula la obra educativa**

### y el desorden del corazón mancilla la ingenuidad de los pequeños y de los débiles;

**cuando el hombre pierde el camino que le orienta al Padre**

**y no reconoce ya en ti**

**el rostro hermoso de la propia humanidad.**

**En esta hora se insinúa la tentación de la fuga, el sentimiento de angustia y desolación, mientras la carcoma de la duda roe la mente**

**y el telón de la oscuridad cae sobre el alma.**

**Y tú, Señor, que lees en el libro abierto de nuestro frágil corazón, vuelves a preguntarnos esta noche**

**como un día a los Doce:**

**«¿También vosotros queréis marcharos?».**

**No, Señor, no podemos ni queremos irnos,**

**porque «Tú tienes palabras de vida eterna»,**

**Tú solo eres «la palabra de la verdad» y tu cruz es la única «llave que nos abre a los secretos de la verdad y de la vida».**

**«Te seguiremos a donde vayas».**

**En esta adhesión está nuestra adoración, mientras, desde el horizonte del *todavía no,***

**un rayo de alegría besa el *ya* de nuestro camino.**

***R/.* Amén.**

PRIMERA ESTACIÓN

# Jesús es condenado a muerte

*Jesús calla; custodia en sí la verdad*

*V/.* Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

*R/.* Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Juan 18, 37-40

*Pilato le dijo: « ¿Entonces, tú eres rey?». Jesús le contestó: «Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz». Pilato le dijo: «Y ¿qué es la verdad?».*

*Dicho esto, salió otra vez adonde estaban los judíos y les dijo: «Yo no encuentro en él ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?». Volvieron a gritar: «A ese no, a Barrabás». El tal Barrabás era un bandido.*

Pilato no encuentra en Jesús ningún motivo de condena, y tampoco encuentra en sí mismo la fuerza de oponerse a la condena.

Su oído interior permanece sordo a la Palabra de Jesús y no comprende su testimonio de la verdad. «Escuchar la verdad es obedecerla y creer en ella». Es vivir libremente bajo su guía y darle el propio corazón.

Pilato no es libre: está condicionado desde fuera, pero esa verdad que ha escuchado sigue resonando en su interior como un eco que llama a su puerta e inquieta.

Así, sale fuera, ante los judíos; «salió otra vez», subraya el texto, casi como un impulso de huir de sí mismo. Y la voz que le llega desde *fuera* prevalece a la Palabra que está *dentro.*

Aquí se decide la condena de Jesús, la condena de la verdad.

 Humilde Jesús,

también nosotros nos dejamos condicionar por lo que está *fuera.*

Ya no sabemos escuchar la voz sutil, exigente y liberadora, de nuestra conciencia que *dentro* llama e invita amorosamente:

«No salgas fuera, entra dentro de ti mismo: porque en tu hombre interior reside la verdad»11.

Ven, Espíritu de la Verdad,

ayúdanos a encontrar en el «hombre Escondido

en el fondo de nuestro corazón»12

el rostro santo del Hijo

que nos renueva en la semejanza divina.

## 

*Todos:*

Padre nuestro…..

*V/.* Pequé, Señor, pequé.

*R/.* Ten piedad y misericordia de mí.

SEGUNDA ESTACIÓN

# Jesús con la cruz a cuestas

*Jesús lleva la cruz, carga con el peso de la verdad*

*V/.* Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

*R/.* Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Juan. 19, 6-7. 16-17

*Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron: «¡Crucifícalo, crucifícalo!». Pilato les dijo: «Lleváoslo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él». Los judíos le contestaron: «Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha hecho Hijo de Dios»…*

*Entonces [Pilato] se lo entregó para que lo crucificaran. Tomaron a Jesús, y, cargando él mismo con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice* Gólgota).

Pilato vacila, busca un pretexto para soltar a Jesús, pero cede a la voluntad que prevalece y alborota, que apela a la Ley y lanza insinuaciones.

Una vez más se repite la historia del corazón herido del hombre: su mezquindad, su incapacidad para levantar la mirada fuera de sí mismo, para no dejarse engañar por las ilusiones del pequeño provecho personal y elevarse, impulsado por el vuelo libre de la bondad y la honestidad.

El corazón del hombre es un microcosmos.

En él se deciden los grandes retos de la humanidad, se resuelven o se acentúan sus conflictos. Pero la opción es siempre la misma: tomar o perder la verdad que libera.

Humilde Jesús,

en el transcurso cotidiano de la vida nuestro corazón mira hacia abajo,

a su pequeño mundo,

y, completamente embebido en la búsqueda del propio bienestar, permanece ciego ante la mano del pobre y del indefenso

que mendiga nuestra escucha y pide auxilio. A lo sumo se conmueve, pero no se mueve.

Ven, Espíritu de la Verdad,

abraza nuestro corazón y atráelo hacia ti.

«Conserva sano su paladar interior, para que pueda gustar y beber

la sabiduría, la justicia, la verdad, la eternidad».

*Todos:*

Padre nuestro…

*V/.* Pequé, Señor, pequé.

*R/.* Ten piedad y misericordia de mí.

TERCERA ESTACIÓN

# Jesús cae por primera vez

*Jesús cae, pero…, manso y humilde, se levanta*

*V/.* Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

*R/.* Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Mateo. 11, 28-30

*«Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera».*

Las caídas de Jesús a lo largo del Camino de la Cruz no pertenecen a la Escritura; han sido trasmitidas por la piedad tradicional, custodiada y cultivada en el corazón de tantos orantes.

En la primera caída, Jesús nos hace una invitación, nos abre un camino, inaugura para nosotros una escuela.

Es la invitación a acudir a él en la experiencia de la impotencia humana, para descubrir cómo se ha injertado en ella el poder divino.

Es el camino que lleva a la fuente del auténtico descanso, el de la gracia que

basta.

Es la escuela donde se aprende la mansedumbre que calma la rebelión y donde

la confianza ocupa el lugar de la presunción.

Desde la cátedra de su caída, Jesús nos imparte sobre todo la gran lección de la humildad, el camino «que lo llevó a la resurrección». El camino que, después de cada caída, nos da la fuerza para decir: «Ahora comienzo de nuevo, Señor; pero no sólo, sino contigo».

Humilde Jesús,

nuestras caídas, entretejidas de fragilidad y pecado, hieren el orgullo de nuestro corazón,

lo cierran a la gracia de la humildad

e interrumpen nuestro camino hacia ti.

Ven, Espíritu de la Verdad,

líbranos de toda manifestación de autosuficiencia y concédenos reconocer en cada caída

un peldaño de la escalera para subir hacia ti.

*Todos:*

Padre nuestro…

*V/.* Pequé, Señor, pequé.

*R/.* Ten piedad y misericordia de mí.

CUARTA ESTACIÓN

# Jesús se encuentra con su Madre

*Junto a la cruz de Jesús la madre «está»: ésta es su oración y su maternidad*

*V/.* Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

*R/.* Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Juan. 19, 25 - 27

*Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego, dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio.*

San Juan nos dice que la Madre estaba junto a la cruz de Jesús, pero ningún evangelista nos habla directamente de un encuentro entre los dos.

En realidad, en este estar de la Madre se concentra la expresión más densa y alta del encuentro. En la aparente pasividad del verbo *estar* vibra la íntima vitalidad de un dinamismo.

Es el dinamismo intenso de la oración, que se ensambla con su sosegada pasividad. Orar es dejarse envolver por la mirada amorosa y franca de Dios, que nos descubre a nosotros mismos y nos envía a la misión.

En la oración auténtica, el encuentro personal con Jesús nos hace *madre* y *discípulo amado*, genera vida y trasmite amor. Dilata el espacio interior de la acogida y entreteje lazos místicos de comunión, confiándonos el uno al otro y abriendo el *tú* al *nosotros* de la Iglesia.

Humilde Jesús,

cuando las adversidades y las injusticias de la vida, el dolor inocente y la violencia cruel

nos hacen imprecar contra ti,

tú nos invitas a estar, como tu Madre, a los pies de la cruz.

Cuando nuestras expectativas y nuestras iniciativas, vacías de futuro y marcadas por el fracaso,

nos llevan a huir hacia la desesperación, tú nos llamas a la fuerza de la espera.

¡Hemos olvidado verdaderamente

la importancia del *estar* como expresión del *orar!*

Ven, Espíritu de la Verdad,

sé tú el «clamor de nuestro corazón», que, incesante e inefable,

*está* confiadamente en la presencia de Dios.

## 

*Todos:*

Padre nuestro…

*V/.* Pequé, Señor, pequé.

*R/.* Ten piedad y misericordia de mí.

QUINTA ESTACIÓN

# El Cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz

*Jesús aprende la obediencia del amor a lo largo del camino de la pasión*

*V/.* Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

*R/.* Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Lucas. 23, 26

*Mientras lo conducían, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron la cruz, para que la llevase detrás de Jesús.*

Simón de Cirene es un hombre retratado por los evangelistas con una particular precisión en el nombre y la proveniencia, la parentela y la actividad; es un hombre fotografiado en un lugar y en un tiempo determinado, *obligado* de algún modo a llevar una cruz que no es suya. En realidad, Simón de Cirene es cada uno de nosotros. Recibe el madero de la cruz de Jesús, como un día hemos recibido y acogido su signo en el santo bautismo.

La vida del discípulo de Jesús es esta obediencia al signo de la cruz, en un gesto cada vez más marcado por la libertad del amor. Es el reflejo de la obediencia del maestro. Es el pleno abandono a dejarse instruir, como él, por la *geometría del amor*, por las mismas dimensiones de la cruz: «la *anchura* de las buenas obras; la *longitud* de la perseverancia en la adversidad; la *altura* de la expectación de los que esperan y miran hacia arriba; la *profundidad* de la raíz de la gracia divina, que se hunde en la gratuidad».

Humilde Jesús,

cuando la vida nos propone un cáliz amargo y difícil de beber, nuestra naturaleza se cierra, recalcitrante, no osa dejarse atraer por la locura

de ese amor más grande

que convierte la renuncia en alegría, la obediencia en libertad,

el sacrificio en grandeza del corazón.

Ven, Espíritu de la Verdad,

haznos obedientes a la visita de la cruz, dóciles a su signo que nos abraza totalmente:

«cuerpo y alma, mente y voluntad,

inteligencia y sentimientos, lo que hacemos y dejamos de hacer», y que agranda todo a la medida del amor.

*Todos:*

Padre nuestro…

*V/.* Pequé, Señor, pequé.

*R/.* Ten piedad y misericordia de mí.

SEXTA ESTACIÓN

# La Verónica enjuga el rostro de Jesús

*Jesús no mira la apariencia. Jesús mira el corazón*

*V/.* Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

*R/.* Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios 4, 6

*Pues el Dios que dijo: «Brille la luz del seno de las tinieblas» ha brillado en nuestros corazones, para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios reflejada en el rostro de Cristo.*

A lo largo del Camino de la Cruz, la piedad popular señala el gesto de una mujer, denso de veneración y delicadeza, casi un rastro del perfume de Betania: Verónica enjuga el rostro de Jesús. En ese rostro, desfigurado por el dolor, Verónica reconoce el rostro transfigurado por la gloria; en el semblante del Siervo sufriente, ella ve al más bello de los hombres. Ésta es la mirada que provoca el gesto gratuito de la ternura y recibe la recompensa de la impronta del Santo Rostro. Verónica nos enseña el secreto de su mirada de mujer, «que mueve al encuentro y ofrece ayuda:

*¡ver con el corazón!*»*.*

Humilde Jesús,

nuestra mirada es incapaz de ir *más allá:*

*más allá* de la indigencia, para reconocer tu presencia,

*más allá* de la sombra del pecado,

para descubrir el sol de tu misericordia,

*más allá* de las arrugas de la Iglesia,

para contemplar el rostro de la Madre.

Ven, Espíritu de la Verdad,

derrama en nuestros ojos «el colirio de la fe» para que no se dejen atraer

por la apariencia de las cosas visibles, sino que aprendan el encanto de las invisibles.

*Todos:*

Padre nuestro…

*V/.* Pequé, Señor, pequé.

*R/.* Ten piedad y misericordia de mí.

SÉPTIMA ESTACIÓN

# Jesús cae por segunda vez

*Jesús no mostró poder, sino que enseñó paciencia*

*V/.* Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

*R/.* Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pedro. 2, 21b-24

*Cristo padeció por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas. Él no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca. Él no devolvía el insulto cuando lo insultaban; sufriendo, no profería amenazas; sino que se entregaba al que juzga rectamente. Él llevó nuestros pecados en su cuerpo hasta el leño, para que, muertos a los pecados, vivamos para la justicia. Con sus heridas fuisteis curados.*

Jesús cae de nuevo bajo el peso de la cruz. Sobre el madero de nuestra salvación, no sólo pesa la enfermedad de la naturaleza humana, sino también las adversidades de la existencia. Jesús ha llevado el peso de la persecución contra la Iglesia de ayer y de hoy, de esa persecución que mata a los cristianos en el nombre de un dios extraño al amor, y de aquella que ataca la dignidad con «labios embusteros y lengua fanfarrona». Jesús ha llevado el peso de la persecución contra Pedro, la que se alzó contra la voz limpia de la «verdad que interroga y libera el corazón». Jesús, con su cruz, ha llevado el peso de la persecución contra sus siervos y discípulos, contra aquellos que responden al odio con el amor, a la violencia con la mansedumbre. Jesús, con su cruz, ha llevado el peso del exasperado

«amor a sí mismo hasta el desprecio de Dios» y que pisotea al hermano. Todo lo ha

llevado voluntariamente, todo lo ha sufrido «con su paciencia, para enseñarnos la paciencia».

Humilde Jesús,

en las injusticias y adversidades de esta vida nosotros no resistimos con paciencia.

Frecuentemente pedimos, como signo de tu potencia, que nos libres del peso del madero de nuestra cruz.

Ven, Espíritu de la Verdad,

enséñanos a caminar según el ejemplo de Cristo para «cumplir sus grandes preceptos de paciencia con la preparación del corazón».

## 

*Todos:*

Padre nuestro…

*V/.* Pequé, Señor, pequé.

*R/.* Ten piedad y misericordia de mí.

OCTAVA ESTACIÓN

# Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén que lloran por él

*Jesús nos mira y suscita el llanto de la conversión*

*V/.* Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

*R/.* Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Lucas. 23, 27 – 31

*Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que vienen días en los que dirán: “Bienaventuradas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado”. Entonces empezarán a decirles a los montes: “Caed sobre nosotros”, y a las colinas: “Cubridnos”; porque, si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?».*

Jesús, el Maestro, sigue formando nuestra humanidad a lo largo del Camino del Calvario. Encontrando a las mujeres de Jerusalén acoge con su mirada de verdad y misericordia las lágrimas de compasión derramadas sobre él. Dios, que ha llorado sobre Jerusalén27, educa ahora el llanto de esas mujeres para que no se quede en una estéril conmiseración externa. Las invita a reconocer en él la suerte del inocente injustamente condenado y quemado, como *leño verde*, como «castigo saludable»28. Les ayuda a que examinen el *leño seco* del propio corazón y experimenten, así, el dolor benéfico de la compunción.

Brota aquí el llanto auténtico, cuando los ojos confiesan con las lágrimas no sólo el pecado, sino también el dolor del corazón. Son lágrimas benditas, como las de Pedro, signo de arrepentimiento y prenda de conversión, que renuevan en nosotros la gracia del Bautismo.

Humilde Jesús,

en tu cuerpo sufriente y maltratado, denigrado y escarnecido,

no sabemos reconocer

las heridas de nuestra infidelidad y de nuestras ambiciones,

de nuestras traiciones y de nuestras rebeliones.

Son heridas que gimen

e invocan el bálsamo de nuestra conversión, mientras nosotros hoy ya no sabemos llorar

por nuestros pecados.

Ven, Espíritu de la Verdad,

¡derrama sobre nosotros el don de la Sabiduría!

En la luz del amor que salva

danos el conocimiento de nuestra miseria,

«las lágrimas que deshacen la culpa, el llanto que merece el perdón».

## 

*Todos:*

Padre nuestro…

*V/.* Pequé, Señor, pequé.

*R/.* Ten piedad y misericordia de mí.

NOVENA ESTACIÓN

# Jesús cae por tercera vez

*Jesús, con su debilidad, fortalece nuestra fragilidad*

*V/.* Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

*R/.* Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Lucas. 22, 28-30a. 31-32.

*«Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas, y yo preparo para vosotros el reino como me lo preparó mi Padre a mí, de forma que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino…*

*Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos».*

Con su tercera caída, Jesús confiesa el amor con el que ha abrazado por nosotros el peso de la prueba y renueva la llamada a seguirle hasta el final, en fidelidad. Pero nos concede también echar una mirada más allá del velo de la promesa: «Si perseveramos, también reinaremos con él».

Sus caídas pertenecen al misterio de su encarnación. Nos ha buscado en nuestra debilidad, bajando hasta lo más hondo de ella, para levantarnos hacía él.

«Nos ha mostrado en sí mismo la vía de la humildad, para abrirnos la vía del regreso». «Nos ha enseñado la paciencia como arma con la que se vence el mundo». Ahora, caído en tierra por tercera vez, mientras «com-padece nuestras debilidades», nos indica la manera de no sucumbir en la prueba: perseverar, permanecer firmes y constantes. Simplemente: «Permanecer en él».

Humilde Jesús,

ante las pruebas que criban nuestra fe nos sentimos desolados:

no nos acabamos de creer que *nuestras* pruebas hayan sido ya las *tuyas,*

y que tú nos invitas simplemente a vivirlas *contigo.*

¡Ven, Espíritu de la Verdad,

en las caídas que marcan nuestro camino! Enséñanos a apoyarnos en la fidelidad de Jesús, a creer en su oración por nosotros,

para acoger esa corriente de fuerza

que sólo él, el *Dios con nosotros,* puede darnos.

*Todos:*

Padre nuestro…

*V/.* Pequé, Señor, pequé.

*R/.* Ten piedad y misericordia de mí.

DÉCIMA ESTACIÓN

# Jesús es despojado de sus vestiduras

*Jesús queda desnudo para revestirnos con la vestidura de hijos*

*V/.* Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

*R/.* Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Juan. 19, 23 - 24

*Los soldados... cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: «No la rasguemos, sino echémosla a suertes, a ver a quién le toca». Así se cumplió la Escritura: «Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica». Esto hicieron los soldados.*

Jesús queda desnudo. El icono de Cristo despojado de sus vestiduras es rico de resonancias bíblicas: nos devuelve a la desnudez inocente de los orígenes y a la vergüenza de la caída.

En la inocencia original, la desnudez era la vestidura de la gloria del hombre: su amistad trasparente y hermosa con Dios. Con la caída, la armonía de esa relación se rompe, la desnudez sufre vergüenza y lleva consigo el recuerdo dramático de aquella pérdida.

La desnudez significa la *verdad del ser.*

Jesús, despojado de sus vestiduras, tejió en la cruz el hábito nuevo de la dignidad filial del hombre. Esa túnica sin costuras queda allí, íntegra para nosotros; la vestidura de su filiación divina no se ha rasgado, sino que, desde lo alto de la cruz, se nos ha dado.

Humilde Jesús, delante de tu desnudez descubrimos lo esencial

de nuestra vida y de nuestra alegría: ser en ti hijos del Padre.

Pero confesamos también la resistencia

a abrazar la pobreza como dependencia del Padre, a acoger la desnudez como hábito filial.

Ven, Espíritu de la Verdad, ayúdanos a reconocer y a bendecir

en cada expolio que sufrimos una cita con la verdad de nuestro ser,

un encuentro con la desnudez redentora del Salvador, un trampolín que nos lanza

hacia el abrazo filial con el Padre.

## 

*Todos:*

Padre nuestro…

*V/.* Pequé, Señor, pequé.

*R/.* Ten piedad y misericordia de mí.

UNDÉCIMA ESTACIÓN

# Jesús es clavado en la cruz

*Jesús, elevado sobre la tierra, atrae a todos hacia sí*

*V/.* Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

*R/.* Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Juan. 19, 18-22

*Lo crucificaron y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: «Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos». Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato: «No escribas: “El Rey de los judíos”, sino: “Este ha dicho: Soy el rey de los judíos”». Pilato les contestó:*

*«Lo escrito, escrito está».*

Jesús crucificado está en el centro; la inscripción regia, alta sobre la cruz, abre las profundidades del misterio: Jesús es el rey y la cruz es su trono. La realeza de Jesús, escrita en tres lenguas, es un mensaje universal: para el sencillo y el sabio, para el pobre y el poderoso, para quien se acoge a la Ley divina y para quien confía en el poder político. La imagen del crucificado, que ninguna sentencia humana podrá remover nunca de las paredes de nuestro corazón, será para siempre la palabra regia de la Verdad: «Luz crucificada que ilumina a los ciegos», «tesoro cubierto que sólo la oración puede abrir», corazón del mundo.

Jesús no reina dominando, con un poder de este mundo, él «no tiene ninguna legión». Jesús reina atrayendo: su imán es el amor del Padre que en él se da por nosotros «hasta el extremo». «Nada se libra de su calor».

Señor Jesús, crucificado por nosotros.

Tú eres la confesión

del gran amor del Padre por la humanidad, el icono de la única verdad creíble.

Atráenos hacia ti,

para que aprendamos a vivir

«por amor de tu amor».

Ven, Espíritu de la Verdad,

ayúdanos a elegir siempre a «Dios y su voluntad frente a los intereses del mundo y sus poderes,

para descubrir, en la impotencia externa del Crucificado, la potencia siempre nueva de la verdad».

*Todos:*

Padre nuestro…

*V/.* Pequé, Señor, pequé.

*R/.* Ten piedad y misericordia de mí.

DUODÉCIMA ESTACIÓN

# Jesús muere en la cruz

*Jesús vive su muerte como un don de amor*

*V/.* Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

*R/.* Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Juan. 19, 28 - 30

*Sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed». Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: «Está cumplido». E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.*

«Tengo sed». «Está cumplido». En estas dos palabras, Jesús nos muestra, con una mirada hacia la humanidad y otra hacia el Padre, el ardiente deseo que ha impregnado su persona y su misión: el amor al hombre y la obediencia al Padre. Un amor *horizontal* y un amor *vertical:* ¡he aquí el diseño de la cruz! Y desde el punto de encuentro de ese doble amor, allí donde Jesús inclina la cabeza, mana el Espíritu Santo, primer fruto de su retorno al Padre.

En este soplo vital del cumplimiento, vibra el recuerdo de la obra de la creación ahora redimida. Pero también la llamada a todos los que creen en él, a

«completar en nuestra carne lo que falta a los padecimientos de Cristo». ¡Hasta que todo esté cumplido!

¡Señor Jesús, muerto por nosotros! Tú pides para dar,

mueres para entregar y,

al mismo tiempo, nos haces descubrir en el don de sí mismo el gesto que crea el espacio de la unidad.

Perdona el vinagre de nuestro rechazo y de nuestra incredulidad,

perdona la sordera de nuestro corazón a tu grito sediento

que sigue subiendo desde el dolor de tantos hermanos.

Ven, Espíritu Santo,

heredad del Hijo que muere por nosotros: sé tú el faro que nos guíe

«hasta la verdad plena»

y «la raíz que nos conserve en la unidad».

*Todos:*

Padre nuestro…

*V/.* Pequé, Señor, pequé.

*R/.* Ten piedad y misericordia de mí.

DECIMOTERCERA ESTACIÓN

# Jesús es bajado de la cruz y entregado a su Madre

*El cuerpo de Jesús es acogido en el abrazo de la Madre*

*V/.* Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

*R/.* Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Juan. 19, 32-35.38

*Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis. Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús aunque oculto por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo.*

La lanzada en el costado de Jesús, de herida se convierte en abertura, en una puerta abierta que nos deja ver el corazón de Dios. Aquí, su infinito amor por nosotros nos deja sacar agua que vivifica y bebida que invisiblemente sacia y nos hace renacer. También nosotros nos acercamos al cuerpo de Jesús bajado de la cruz y puesto en brazos de la madre. Nos acercamos «no caminando, sino creyendo, no con los pasos del cuerpo, sino con la libre decisión del corazón». En este cuerpo exánime nos reconocemos como sus miembros heridos y sufrientes, pero protegidos por el abrazo amoroso de la madre.

Pero nos reconocemos también en estos brazos maternales, fuertes y tiernos a la vez.

Los brazos abiertos de la Iglesia-Madre son como el altar que nos ofrece el Cuerpo de Cristo y, allí, nosotros llegamos a ser Cuerpo místico de Cristo.

Señor Jesús,

entregado a la madre, figura de la Iglesia-Madre.

Ante del icono de la Piedad aprendemos la entrega al *sí* del amor, al abandono y la acogida,

la confianza y la atención concreta,

la ternura que sana la vida y suscita la alegría.

Ven, Espíritu Santo,

guíanos, como has guiado a María, en la gratuidad irradiante del amor

«derramado por Dios en nuestros corazones con el don de tu presencia».

*Todos:*

Ave María

*V/.* Pequé, Señor, pequé.

*R/.* Ten piedad y misericordia de mí.

DECIMOCUARTA ESTACIÓN

# Jesús es puesto en el sepulcro

*La tierra del silencio y de la espera custodia a Jesús, semilla fecunda de vida nueva*

*V/.* Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

*R/.* Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Juan. 19, 40-42

*Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en los lienzos con los aromas, según se acostumbra a enterrar entre los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto, un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.*

Un jardín, símbolo de la vida con sus colores, acoge el misterio del hombre creado y redimido. En un jardín, Dios puso a su criatura, y de allí la desterró tras la caída. En un jardín comenzó la Pasión de Jesús, y en un jardín un sepulcro nuevo acoge al nuevo Adán que vuelve a la tierra, seno materno que custodia la semilla fecunda que muere.

Es el tiempo de la fe que aguarda silenciosa, y de la esperanza que sabe percibir ya en la rama seca el despuntar de un pequeño brote, promesa de salvación y de alegría.

Ahora la voz de «Dios habla en el gran silencio del corazón».

*Todos:*

Padre nuestro…

*V/.* Pequé, Señor, pequé.

*R/.* Ten piedad y misericordia de mí.